

Sánchez sobre la formación del pensamiento social de Joaquín Pecci antes de ser Papa, en Bélgica y en Perugia y su contacto con líneas del catolicismo social y de I. Camacho que rastrea, a través de las diversas redacciones previas de *Rerum Novarum*, los matices de la enseñanza sobre el salario, en la que se opone claramente al principio liberal de la ley oferta-demanda y se esfuerza por no tomar partido en asuntos discutidos entre los católicos sociales. Dos profesores salmantinos, J. R. Flecha y A. Galindo se ocupan de la antropología leoniana y de la recepción de su enseñanza, que D. Velasco, de Deusto, sitúa en el contexto ideológico de la época. Entre otros temas más particulares, resulta muy interesante la aportación de E. González López, dominico afincado en Asturias, que estudia la influencia que ejerció León XIII en algunos de sus hermanos de Orden en España. Enumera a otros, además de los conocidos P. Gerad y J. Gafo. Ofrece muchos datos, claramente presentados. Depende quizá bastante de sus fuentes y de la figura de M. Arboleya. Sólo así se explica que junte en un mismo grupo al marqués de Comillas —tan acendradamente dinástico— y a los integristas.

Los dos últimos bloques se centran en el pensamiento teológico leoniano y en su apoyo a los estudios bíblicos. El antiguo catedrático salmantino y actual obispo de Almería, A. González Montes, esboza un cuadro completo y sugerente sobre la novedad de León XIII en su propuesta teológica. Se abordan después en concreto algunos aspectos de ella: el neotomismo (A. Lobato), la eclesiología (J. A. Ramos Guerreira), el ecumenismo (H. Vall) y la mariología (E. Llamas). Completan esta parte estudios sobre la piedad popular, entendida, con un anacronismo pretendido, como nueva evangelización por el arzobispo de Perugia y las relaciones de León XIII con J. L. Déhon y Santa Teresa de Lisieux, el encuentro para hacer posible su entrada en el Carmelo con quince años. En el apartado de los estudios bíblicos hay también estudios básicos y concreciones particulares. Entre los primeros destacan un apunte hondo sobre la inspiración y la verdad en la Biblia desde la *Providentissimus Deus* de León XIII hasta hoy (A. Artola), un estudio sobre la Pontificia Comisión Bíblica en su pontificado con atención a revistas y bibliotecas de la época y valoración de la herencia que dejó el Papa (J. Vázquez) y una exposición de un siglo de la investigación bíblica en España, a partir de la encíclica de 1893. Cierran el bloque y el libro dos estudios no tan relacionados con el tema del Congreso.

En una obra colectiva el nivel de las colaboraciones es necesariamente distinto. El conjunto de todas es muy satisfactorio. Unas ponencias recogen el saber de especialistas consagrados. Otras se aventuran por terrenos aún no explorados y ponen al alcance de muchos sus investigaciones punteras. El conjunto es un cuadro muy completo del pontificado cuyo centenario se conmemoró. El planteamiento del Congreso fue muy acertado. Y la publicación temprana de sus resultados es otro aspecto positivo. La Facultad de Teología de la Pontificia Universidad de Salamanca ha hecho un espléndido servicio con esta publicación.—RAFAEL M.^a SANZ DE DIEGO, S.J.

RAGUER, HILARI, *Carrasco i Formiguera. Un cristiano nacionalista (1890-1938)* (Madrid, PPC, 2003), 357p., ISBN: 84-288-1743-X.

Parece difícil negar que uno de los episodios más trágicos en la Historia reciente de España ha sido la Guerra Civil. Dentro de aquella tragedia general hubo muchas

tragedias particulares, y la vida de Manuel Carrasco i Formiguera constituye uno de los mejores ejemplos. Hilari Ragner, a nuestro juicio el mejor especialista en la Iglesia durante la contienda bélica de 1936-1939, ha querido homenajear a esta insigne figura del catolicismo político con una obra que, ciertamente, en coherencia con una larga y brillante trayectoria (la de Ragner), se configura como una de las mejores aportaciones de los últimos años. En ese sentido, la obra que le precedió un año antes, *En el filo de la navaja. Biografía política de Luis Lucia Lucia (1888-1943)* (Madrid, Biblioteca Nueva), a cargo de Vicent Comes, apenas ha tenido que esperar para verse acompañada en la empresa de conocer los principales personajes del catolicismo español del primer tercio del siglo xx. En realidad, esa espera ha sido necesaria para los castellano-parlantes, ya que esta biografía de Luis Lucia, eso sí con variaciones y con un menor caudal de información (aunque más abultado en páginas), ya había sido publicada por Ragner en lengua catalana casi veinte años antes, cuando la editorial de la abadía de Montserrat, a la que él se encuentra vinculado por su condición de monje benedictino, sacó a la calle el libro *Divendres de Passió. Vida i mort de Manuel Carrasco i Formiguera* (Barcelona 1984). De esta manera, el libro que Promociones Populares Cristianas (PPC) nos presenta es una interesante biografía donde se sabe combinar de manera casi magistral la narración y el análisis, la síntesis y la investigación.

Aunque creemos que se trata de una obra objetiva, parece difícil negar la admiración que Ragner siente hacia el personaje que está biografiando. De hecho, el autor diferencia entre los hombre que sirven a la Iglesia y los que se sirven de la Iglesia, y no tiene la más mínima duda de que Carrasco i Formiguera pertenecía a los primeros: es más, Ragner llega a mostrarse muy duro con la institución a la que él pertenece en el más literal de los términos (lo cual habla muy a favor de este historiador catalán), ya que afirma que, mientras Carrasco dio la cara por ella, ésta todavía ni le ha dado las gracias por ello ni ha lamentado lo que sucedió con él. Lo cierto es que Carrasco fue una persona ajena a cualquier tipo de ambición desahorada, ya que renunció a una gran carrera política y, de hecho, solo llegó a aceptar un cargo de Consejero de la Generalidad.

Quizá la crítica más negativa que podamos hacer del libro se encuentra justamente al inicio, en el capítulo 1. Ragner habla de manera profusa tanto de la realidad política como de la Iglesia en Cataluña sin, a nuestro juicio, mucho sentido. Desconocemos si su intención es tratar de hacer comprender la peculiaridad del catolicismo de Carrasco i Formiguera, pero, a veces, tenemos la impresión de que Ragner busca más justificar el nacionalismo de Carrasco que cualquier otra cosa. De hecho, el autor llega a hablar de Cataluña como un «país» (así debemos deducirlo de la frase «Pero cuando un país atraviesa una época de plenitud y creatividad —y tal es el caso de Cataluña en el siglo xix—», p.23), lo cual, además de discrepar de ello (porque pensamos que la nacionalidad la configuran dos elementos, la Geografía y la Historia, y Cataluña se ubica geográficamente dentro de España (le separan los Pirineos de Francia) y ha sido un gran protagonista de la Historia de España (de hecho, dos de los Ministros de Asuntos Exteriores durante el *tardofranquismo*, López Rodó y Cortina, eran catalanes), creemos que no tiene mucho sentido dentro del libro. En ese sentido, lo que sí resulta interesante comprobar en esa referencia a la Iglesia catalana es que, frente a los que piensan que Cataluña es un reducto contrario a la Iglesia, precisamente en esa tierra es donde han nacido y se han formado algunos de los más insignes eclesiásticos de la

contemporaneidad de España: de hecho, tres de las grandes figuras de la Iglesia española en el siglo xx, Francesc Vidal i Barraquer, Isidro Gomá y Enrique Pla i Deniel, eran oriundos de Cataluña.

Lo cierto es que Raguer presenta a Carrasco i Formiguera como un nacionalista pero no como un separatista, muestra de lo cual era su pertenencia a la Asociación Católica Nacional de Propagandistas (ACNdeP) y sus numerosas amistades por toda España, así como su labor de «puente» entre Maciá y Alcalá-Zamora. El autor es claro: lo que Carrasco i Formiguera pretendía era la libertad de Cataluña dentro del ámbito de la república española.

Y es que, como nos recuerda Raguer, Carrasco era hijo de un inmigrado levantino (del pueblo alicantino de Villena) y de una catalana de Lérida (en concreto de Segarra), por lo que el político nacionalista no era un hombre de orígenes cerrados. Debemos decir que quizá sea excesiva la atención que Raguer presta a la historia familiar de Carrasco i Formiguera, si bien se trata de una opción perfectamente defendible. Avanzando en el tiempo, el autor destaca la influencia de la publicación *Cu-Cut* y de *Solidaritat Catalana* en la gestación del pensamiento nacionalista de Carrasco i Formiguera, pues dicha influencia tuvo lugar en plena adolescencia de nuestro biografiado. Destaca también Raguer la vinculación del político con los jesuitas del colegio de Caspe, una cuestión en la que Carrasco siempre se mostraría particularmente agradecido pues la Compañía, vista la precaria situación económica de los Carrasco, decidió financiar la formación del joven Manuel.

Una de las más brillantes aportaciones de Raguer se encuentra en la etapa de la II República. Estoy de acuerdo con él cuando dice que la II República no buscó el problema religioso, sino que se encontró con él encima de la mesa, en la medida que la progresiva secularización de la sociedad no había tenido, en España, una reforma de las relaciones Iglesia-Estado que sí se había producido en otros países (por ejemplo, la vecina Francia). Sin embargo, la manera de resolver la República esta cuestión fue francamente poco acertada, enfrentándose con una institución que no estaba acostumbrada a un trato tan vejatorio como el que le otorgó la República en el quinquenio 1931-1936. Las posiciones moderadas de Alcalá-Zamora, Maura o Vidal i Barraquer, serían rápidamente vencidas por el radicalismo anticlerical de unos (Luis Jiménez de Asúa, por ejemplo) y por el integrismo católico de otros (el Cardenal Segura, sin ir más lejos). En ese sentido, Raguer destaca que la Iglesia buscó apoyos dentro de los políticos republicanos y, dentro de los catalanes, uno de los más importantes era Carrasco i Formiguera, junto con Maciá, Hurtado, Carner, Anguera de Sojo, D'Olwer y los directores del *Matí*.

El autor vuelve a ser contundente en sus afirmaciones: Carrasco puso su prestigio de republicano y demócrata al servicio de la Iglesia, pero defendiéndola no con la apelación a la «tesis» confesional o invocando privilegios, sino solo con argumentos de derecho general, de justicia y democracia. Desde luego, a la luz de la lectura del libro, da la impresión de que las intervenciones parlamentarias de Carrasco i Formiguera durante la discusión de la futura Constitución de 1931 fueron como predicar en el desierto, lo que resulta muy lógico en la medida que aquella España se encontraba polarizada en torno a dos bloques irreconciliables y las opciones moderadas no tenían, sencillamente, cabida. Desde esa perspectiva, su dimisión como Consejero de la Generalitat constituye una buena muestra de su coherencia personal. En función de

lo que Ragner nos relata, la excesiva radicalización de las posiciones había prácticamente obligado a Carrasco a escoger entre la política y su fe cristiana, quedando, muy seguramente a su pesar porque él quería compatibilizar ambas, en el segundo extremo. Carrasco cambiaría de partido, dejando *Acció Catalana* e ingresando en *Unió Democràtica de Catalunya*, una formación en la que, según Ragner, iba a ser el hombre más destacado. Se trataba de su tercer partido, tras pasar por la *Lliga* y la ya citada *Acció Catalana*.

Quizás una de las pocas críticas que podemos hacer a Ragner es que se recrea en exceso con el relato de la experiencia de la II República, un tema que es evidente que tan bien conoce como le apasiona, y ello lleva, en ocasiones, a que la figura de Carrasco i Formiguera quede algo minimizada. No obstante, la comprensión del contexto en el que hubo de actuar este cristiano nacionalista resulta perfecta, porque Ragner sabe combinar como pocos la precisión con la amenidad del relato.

Al igual que había tenido problemas a causa de sus convicciones religiosas, Carrasco tendría también nuevos conflictos como consecuencia de sus ideales nacionalistas. En efecto, su acérrima defensa del llamado *Estatuto de Nuria*, que debía sentar las bases de una importante y amplia autonomía catalana, chocó con el pragmatismo de muchos de sus colegas catalanes, volviendo a sufrir el aislamiento y el reproche de la clase política. Porque si hay algo que uno ve en numerosas ocasiones en la biografía de Carrasco i Formiguera, es la soledad en la que hubo de vivir este catalán como consecuencia de la fidelidad a sus ideas.

Esa soledad se tornaría en tragedia con el inicio de la Guerra Civil. A partir de aquí la vida de Carrasco i Formiguera entraría en un calvario magníficamente descrito por Ragner. Y es que este es un libro que puede leerse de una sola vez, porque este historiador catalán es ciertamente uno de los más brillantes y más privilegiados relatores de acontecimientos históricos, lo que le ha convertido en uno de los más leídos especialistas en el tema.

Como él nos relata, Carrasco i Formiguera volvió a ser objeto de la incompresión y sus deseos de lograr un adecuado desarrollo económico y social de su querida Cataluña fueron confundidas por los «nacionales» con un supuesto intento de castigar o reprimir a los empresarios catalanes considerados «fascistas». Lo que, como recuerda Ragner, tenía poco o nulo sentido, porque Carrasco i Formiguera sabía que el fascismo era algo muy poco extendido entre la clase empresarial catalana. En todo caso, el autor es contundente a la hora de afirmar que los planes de Carrasco para hacer funcionar las empresas catalanas constituyeron unos de los principales cargos para la sentencia de muerte del político cristiano. Al objeto de reforzar estas opiniones, Ragner aporta unas muy interesantes entrevistas que mantuvo con quien fuera Presidente de la Generalidad, Josep Tarradellas, entrevistas que intercala con documentos de archivo. Porque Ragner, como gran investigador que es, conoce al milímetro los archivos de la época, que ha consultado de manera detenida. Hay que destacar, en ese sentido, que no solo ha consultado archivos españoles, sino también extranjeros, como los pertenecientes a los servicios exteriores británicos o al Vaticano.

Así, el relato de la vida de Carrasco i Formiguera comenzó a tomar tintes auténticamente trágicos cuando, a bordo del buque *Galdames*, Carrasco intentó, con toda su familia, salir de España. La tensión del relato resulta, en este punto concreto, magnífica: uno siente que está viviendo los acontecimientos en primera persona, aunque

solo sea rememorando lo que le sucedió a Carrasco i Formiguera. Si antes criticábamos un excesivo relato de la experiencia de la II República en detrimento de la propia figura de Carrasco, ahora todo cambia: no sabemos lo que sucede en otros lugares, solo conocemos qué pasa con el político cristiano y su familia. Carrasco iba a ser víctima de las interpretaciones simplistas: nadie iba a recordar su defensa de la Iglesia durante los debates constituyentes, ni su apoyo a la concesión del voto a las mujeres aún a sabiendas que dicho voto, como se demostró en las elecciones de 1933, podía beneficiar a la derecha. Carrasco había defendido la república y el nacionalismo catalán, y con eso era suficiente para procesarle.

Durante su tiempo como preso en el penal de Burgos Carrasco cruzó con su mujer una interesante correspondencia, cercana a las trescientas cartas, que ha sido detenidamente examinadas por Raguer. El historiador catalán vuelve a ser contundente: esas cartas constituyen un cuerpo epistolar del mayor valor humano, religioso y político. Unas cartas que, por cierto, tuvieron que ser escritas en castellano por imposición de las autoridades carcelarias y que, además, se encontraban sometidas a la censura. En ocasiones encontramos importantes parecidos entre el pensamiento religioso de Carrasco y el de otro destacado democristiano de la época que también hubo de sufrir una tragedia personal (el ya citado Luis Lucía). En ambos percibimos una profundidad en sus convicciones cristianas que contrasta con la pobreza ética de un buen número de obispos del «primer franquismo».

Según Raguer, Carrasco supo desde el primer momento que su caso era un caso perdido, debido a que conocía bien la dureza de la justicia militar con el tema de la unidad de la patria. De ahí que a partir de ese momento se preocupara de salvar a su mujer y a sus hijos, lo que conseguiría ofreciendo su propia vida. Y ello a pesar de que tuvo un excelente abogado defensor, el doctor Eloy Alonso. Pero aquella no era época de extensos y rigurosos juicios: el acta del consejo de guerra que hubo de juzgarle constaba... de un solo folio, el suficiente para hacer acusaciones de gravedad a Carrasco. El político nacionalista sería visto como un «separatista de la región de Cataluña» que había contraído «una gran responsabilidad en el estado de anarquía y caos» por el que atravesaba España en los meses previos al inicio de la Guerra Civil. La única duda residía en cuánto tardaría en ser ejecutado.

Hubo un último intento por salvar la vida a cargo de su amigo el Padre Ignacio Romañá, quien se encontraba en ese momento, y de manera totalmente casual, residiendo en una casa de los jesuitas de la ciudad burgalesa. Pero fue totalmente infructuoso. Al menos, según Raguer, Carrasco tendría la satisfacción personal de morir por Cataluña, porque el proceso a Carrasco era el proceso a los defensores de esta tierra, o al menos así lo vio él. Romañá le daría la pequeña satisfacción de ser enterrado en esa Cataluña tan castigada por la guerra.

Raguer completa la biografía de Carrasco con las opiniones de diversos medios de comunicación sobre el asesinato del político cristiano, lo que contribuye a reforzar y enriquecer la categoría del libro. Carrasco se había quedado prácticamente solo frente a la justicia militar, pero en el bando republicano no le habían olvidado: las palabras de los diarios *La Humanitat*, *La Rambla*, *El Noticiero Universal* o *Euzkadi* le recordaban con grandes elogios, al tiempo que trataban de determinar culpabilidades por lo sucedido. Era el fin de un hombre que ha tardado en recibir el homenaje de la historiografía, pero que, cuando lo ha hecho, ha sido por boca de un gran historiador de

la Iglesia. La obra concluye con un muy interesante apéndice documental de casi cincuenta páginas que nos permite profundizar en la mentalidad de la época y en la dimensión de la tragedia de la Guerra Civil.

En definitiva, el libro de Hilari Raguer constituye una excelente aportación, considerando un gran acierto por parte de P.P.C. su traducción al castellano. Aunque hayamos encontrado elementos susceptibles de crítica, su compendio de virtudes es tal que no hacen sino resaltar la capacidad de Raguer para hacer Historia y, sobre todo, para recuperar la memoria de aquellos personajes que, si bien nunca fueron olvidados, sí merecían el homenaje por parte de los especialistas en virtud de su coherencia y grandeza personales.—PABLO MARTÍN DE SANTA OLALLA SALUDES.

HENNE, PHILIPPE, *Introduction à Origène suivi d'une Anthologie* (Cerf, París 2004), 301p., ISBN 2-204-07108-0.

Dentro de la colección «Initiations aux Pères de l'Église», uno de cuyos ejemplares es el libro de J. Laporte, recientemente traducido al castellano, *Los Padres de la Iglesia*, se encuentra este libro de un estudioso del *Pastor* de Hermas como es Philippe Henne, profesor de Patrología de la Facultad de Teología de la Universidad Católica de Lille (Francia).

La intención de esta colección es ofrecer a un lector no especializado una obra sencilla de introducción a cada uno de los Padres de la Iglesia, con un formato muy parecido: en primer lugar una breve presentación de su vida, obras y teología, seguido de una antología de textos y como conclusión una bibliografía escogida.

El libro de Ph. Henne sobre Orígenes se adapta perfectamente a la colección. La primera parte, que sería propiamente la introducción a Orígenes, comienza con la vida de este teólogo alejandrino, dividida en tres períodos: infancia, Alejandría y Cesarea (p.13-26). A continuación vienen las obras que compuso: en este caso, y dada su variedad, las divide en trabajos escriturísticos, teológicos, apologéticos, ascéticos, correspondencia y *Contra Celso* (p.27-44). Y por último, su pensamiento, que el autor ha dividido entre su trabajo como exegeta, donde vemos sus raíces (técnicas judías y helenísticas, Filón de Alejandría e influjo gnóstico) y su propio estilo personal (p.45-68); su teología trinitaria (p.69-104); su reflexión como creyente (p.107-123), y el influjo posterior en lo que se ha dado a llamar «origenismo» (p.124-139).

Una vez que ha terminado este primer apartado comienza la antología de textos, con una breve presentación a cada uno de ellos, que ocupa desde la página 145 a la 270. Termina la obra con una bibliografía escogida y un índice alfabético de autores y textos citados por Orígenes.

Dada su pretensión el resultado es excelente por varios motivos: en primer lugar porque está hecho por un gran especialista, que aunque no entra propiamente en su campo de trabajo (él ha estudiado sobre todo los Padres apostólicos), se ha tomado en serio su trabajo y, sobre todo, ha hecho una muy buena labor de síntesis de lo que está disperso en otros autores, sobre todo Henri Cruzel.

Así, dentro de la primera parte, destaca la claridad de sus exposiciones, muy pedagógicas, la facilidad que tiene para dividir los capítulos según el proceso de Orígenes,